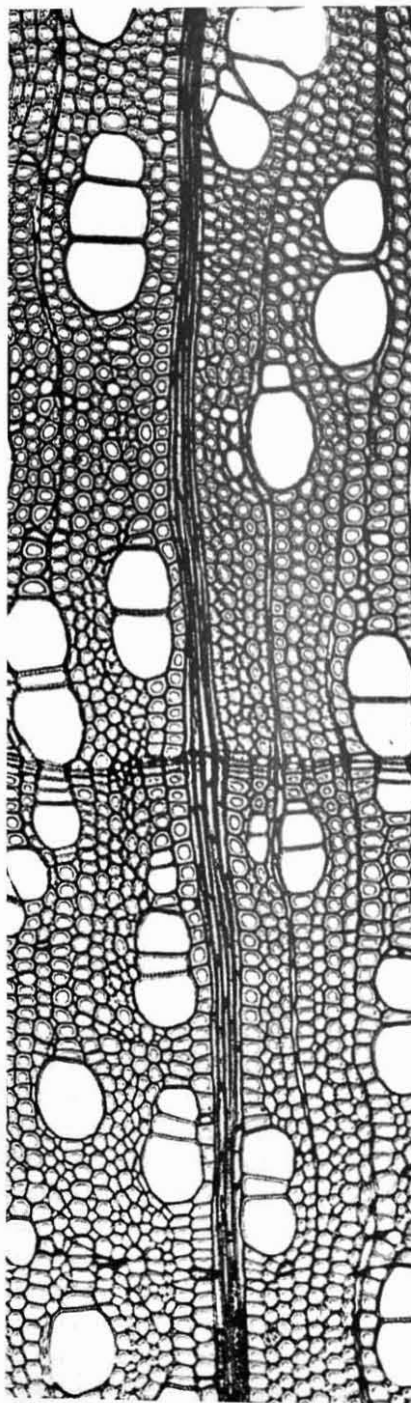


Los intelectuales y los fastos de la guerra

Leonardo Martínez Carrizales*

*Para Alicia Reyes,
en el mes de Alfonso Reyes*

En 1939, durante las primeras semanas que siguieron al rompimiento de las hostilidades en Europa, Alfonso Reyes escribió unas cuantas páginas a propósito de la batalla de Maratón, "Fastos de Maratón". La historia editorial del polígrafo regiomontano ha querido relacionar este escrito con su afición a Grecia, pues "Fastos de Maratón" quedó integrado a *Junta de sombras*, uno de los volúmenes en que Reyes fue recogiendo las páginas que se le caían de la mesa a la hora de escribir obras tan arduas como *La crítica en la edad ateniense*. Sin embargo, no andaríamos fuera de camino si leyésemos las páginas en las cuales Reyes narró la partida que Milcíades ganó a Darío como preludio de su empeño por la paz y por hacer valer la presencia de la América latina en las negociaciones de la paz, ya gracias a lo más elaborado de su discurso intelectual, ya gracias a lo más firme de su acción política. Porque ya se sabe que en las manos de Reyes todo, absolutamente todo tenía una sazón política. Así, "Fastos de Maratón" anticipó las gestiones del consejero de Estado a propósito de la guerra desde los primeros días de su residencia definitiva en México. Cuando en 1940 Reyes formalizó sus vínculos con la Academia Mexicana y fue recibido en el seno de esta corporación como miembro de número, escogió como discurso de ingreso "Fastos de Maratón".



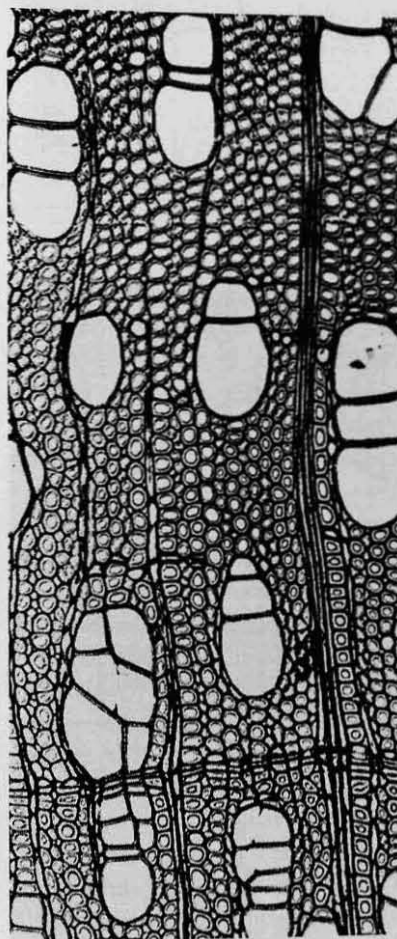
Podemos imaginar la escena en el Palacio de Bellas Artes, el recinto donde se llevó a cabo la ceremonia de investidura. Ante los académicos, que en el pasado inmediato de nuestro país constituyeron un senado de la cultura literaria con derechos en la república política, Alfonso Reyes evocó el encuentro entre tan desiguales contendientes: por un lado, las filas de una "democracia nerviosa", ciudad trazada a la modesta medida de los hombres; por otro, la muchedumbre babélica del fabuloso Oriente, que infunde un "pavor místico" en todo el orbe conocido. Contra los pronósticos, Atenas se impone sobre su adversario, conducida por la mano de un hombre audaz, valiente, ambicioso y empecinado: el ya referido Milcíades, héroe de la mañana que cederá en la tarde a la vileza que hay en toda persona. Gracias a esta victoria, modesta en su estrategia militar pero muy significativa en su influjo moral, Atenas se convertirá en la tutora de Grecia y, pasados los años, de Europa. El hijo del general Bernardo Reyes quiso ver en esta victoria rápida y contundente el anuncio de la próxima autoridad política de Occidente. "Entre todas las victorias de Grecia, Maratón es la que tuerce el eje de los destinos, y de ella parte la futura supremacía de Occidente."

Ya se advertirá el sentido que este alegato cobró para quienes, al lado de Reyes, contemplaban con "pavor místico" la sombra de un nuevo Darío cernirse sobre las "democracias nerviosas" de la época y poner a prueba las virtudes contradictorias de sus dirigentes. Un sentido de esperanza y de compromiso que se afianza en la muy conocida

* Escritor y crítico literario

vocación del Reyes político: descubrir el andamiaje racional de las pasiones humanas y las políticas; reducir a la razón las creaturas de la oscuridad y el desconcierto. En consecuencia, Reyes reconoció las pasiones políticas de la guerra europea y las incorporó a su lectura del mundo con el propósito de recortarlas en el vasto horizonte de la civilización. A esta rigurosa disciplina sometió su consejo y opinión; así, la guerra en Europa resultaba un hecho que comprometía el legado político y cultural de la civilización occidental. Por ello, resultaba pertinente remitirse a Atenas y encontrar allí el dictado de los destinos.

En la descripción del partido ateniense que Reyes hizo en "Fastos de Maratón" hay una figura modesta, significativa y conmovedora: el pueblo plateo. Platea fue una pequeña ciudad beocia que resistió el asedio de los rebanos gracias al auxilio recibido de Atenas. Platea nunca olvidaría el favor ateniense: se haría presente en Maratón para ofrecer un concurso que más pudo en lo anímico que en lo militar, y llevaría a tal punto su agradecimiento que en la hora definitiva de la rivalidad entre Esparta y Atenas pagaría con su propia destrucción el honor debido a ésta. Reyes destacó la fidelidad de Platea en contraste con un mundo regido por la veleidad del pragmatismo político. "Cuando la guerra del Peloponeso entre Atenas y Esparta, Platea pagará su fidelidad al precio de su destrucción. Tucídides hace hablar a los prisioneros plateos ante sus ejecutores espartanos. Su discurso es una apología de la lealtad a los pactos. En sus palabras, Platea se despide de la historia."



Curiosa forma de salir de la historia cuando se permanece en ella como testimonio de algunos de los valores políticos más estimables: la constancia y la coherencia. No la coherencia y la constancia propias de una perspectiva hinchada del valer propio, sino las que hicieron posible el paso de la tribu a la ciudad. Este pasaje en los escritos de Alfonso Reyes viene a cuento ahora, cuando algunos intelectuales recomiendan prudencia y sentido práctico de la realidad a propósito de la guerra que hoy se libra en el "fabuloso Oriente". Estos intelectuales nos recuerdan que son muchos los intereses que unen a México con Estados Unidos, de modo que mal, muy mal haríamos en caso de alinearnos contra sus acciones en la región del golfo Pérsico. El egoísmo del hombre educado, dicen nuestros intelectuales, no puede ir contra el bienestar de miles y miles de

mexicanos que residen entre los estadounidenses: así es que no cedamos al antiyanquismo, no perdamos de vista la amenaza del terrorismo mundial y, en suma, ameritémonos ante los ojos de nuestro mayor socio comercial. En caso contrario, lo lamentaremos por mucho tiempo.

El consejo de estos intelectuales nos propone permanecer en la historia al lado del más fuerte: Platea debe rendir sus filas ante Esparta. Nuestros intelectuales mienten en un aspecto: no estamos ante la disyuntiva de congraciarnos con nuestro vecino del norte o proclamar un pacifismo bobo, cuando no abiertamente partidario de Sadam Hussein. Nuestra disyuntiva radica en permanecer en la historia concebida por el gobierno actual de Estados Unidos o salir de la conversación de la cultura política en Occidente: el vasto y viejo Occidente al cual tanto debe el pueblo estadounidense en cuanto a los depósitos de su integridad política.

Curiosa posición la de quienes deban su crédito público no a las actividades prácticas de la vida de los hombres, sino a las ideas: la formación, la difusión, el magisterio de las ideas. Contra Alfonso Reyes, ciertos intelectuales hoy nos proponen dejar de serlo: avalar una acción que pone en entredicho varios siglos de historia política en Occidente traducidos en el sistema de las naciones; avalar una involución política, un paso atrás, el retroceso hacia la aldea. No hablo en sí de la guerra, sino del discurso que la ha justificado y que, avalado por los intelectuales de la razón práctica, terminará por destruir la estructura simbólica de nuestra vida social.